

SANTANDER.—LUNES 27 DE DICIEMBRE DE 1886.

Sr. D. Guillermo Estrada y Villaverde. Muy respetable señor mío y querido maestro: Había ya preparado las cuartillas, enristrado la pluma y titulado estos renglones, dispuesto, con el atrevimiento acostumbrado, á manifestar en ellos mi desautorizada opinión sobre la última novela de la ilustre doña Emilia Pardo, cuando recordé que la lectura de su prólogo me sugirió el mes pasado la idea de escribirle esta carta. Encomendándome á Dios y á la benevolencia cariñosa de V., empiezo dejando para otro día la crítica de *Los Pazos de Ulloa*, labor tan honrosísima y agradable.

No es mi objeto ni cumplir á mis propósitos estudiar en sus aspectos literario é histórico y en su manifestación psicológica los indicados *apuntes autobiográficos*, atildados y originales, que muchos tacharán, tal vez, de afectados y pedantes. Ni intento tampoco discurrir acerca de la importancia y conveniencia de esta clase de revelaciones, acogida muy bien en Francia, aún de los escritores de segunda fila, y mal entendida en España hasta cuando nos entancan con ella Zorrilla y Alarcón. Otro fin más modesto anima á estos renglones, concebidos—ingenuamente lo confieso—con vacilación y temor. Un solo punto, de los muchos que bien trata la eminente novelista gallega, he de ventilar aquí. Y porque guarda íntima relación con lo que de tan respetable señora escribió V. en su excelente discurso *La Novela contemporánea*, crítica valiente y acertada del *naturalismo*, le dedico á V. este pobre artículo, desordenado é incorrecto como sus hermanos mayores.

Desde que razones y causas, que no sé explicar, pusieron la pluma en mis manos y me impulsaron á emplearla en estos trabajos superiores á mis fuerzas, entendí y sigo entendiendo que la aludida escena literaria, fruto del positivismo filosófico hoy tan en moda, fruto de Estética y doctrinas heréticas, se funda en la negación de toda Metafísica y nace, como ha escrito últimamente el glorioso Valera, de cierta contemplación pesimista del universo y de cuanto en él se contiene, una vez negados más ó menos, Dios, su providencia, el libre albedrío y la espiritualidad del alma humana.

Y así lo han entendido también cuantos de ella han escrito. La importancia avasalladora del medio y la reducción del personaje á máquina y cadáver humano así lo comprueban. Aparte del aspecto formal de expresión y procedimiento, que el moderno realismo afecta, estriba en algo superior y fundamental, afirmación de la negación, que tiene su razón de ser y su principio en doctrinas opuestas á las que, antes de la última revolución filosófica, venían informando y dirigiendo todas las manifestaciones del espíritu del hombre. Además de las fórmulas de exposición de la escuela, como más importante é influyente que sus mandatos que prescriben la carencia de imaginación, la vulgaridad del asunto, la extremada naturalidad del lenguaje, la realidad en todo y por todo y la lógica rigurosa de la acción,—se presentan otras opiniones y preceptos que ahondan más é interesan más, regulando regularmente el fondo mismo de las cosas y determinándole de un modo inflexible y metódico. No siendo solo reacción contra las exageraciones románticas y extraviados de gusto de mediados del siglo, es protesta contra las doctrinas críticas y principios espiritualistas, antes soberanos é influyentes, prostituidos hace pocos años en el teatro y el libro. *La novela experimental responde en literatura á la negación de la metafísica en la ciencia.*

Por todas estas consideraciones, que usted comprende perfectamente y que he ido exponiendo en resumen brevísimo, me han regocijado sobre manra los *Apuntes* de la Pardo Bazan en aquellos párrafos en que á usted se dirige y condena la estética naturalista, examinada *«la luz de la teología»*, mostrándose partidaria de un *sincerismo* con que todos hemos soñado y que es difícil alcanzar. Rechados los elementos heréticos que dejó apuntados, ¿qué queda de las doctrinas de Zola?

Error muy grande ó candidez muy grande también es el creer que el naturalismo es formalismo simple y ha venido solo á ahuyentar lo afectado é inverosímil, limpiando y expurgando el campo del arte, ensanchando su esfera y concediéndole nuevos elementos antes desperdiciados, señalándole como objeto y aspiración la imitación de la naturaleza y la expresión de la verdad. Ya, y de antiguo, todos los preceptistas lo han consignado así, y Boileau lo dijo en aforismo eterno. Desde Homero hasta Víctor Hugo se ha inspirado en tal máxima la literatura. La nueva escuela tiende á mucho más. Las letras, como la política y la ciencia, obedecen ahora á principios generales que todo lo han invadido y en todo han marcado su influencia, en oposición á las creencias espiritualistas, obligando á fundamentarse en el materialismo y la experimentación. La verosimilitud y la realidad son lo de menos en el sistema dominante: lo capital, la base, la causa, su razón de ser radican en la hostilidad á toda ciencia especulativa, en el culto al determinismo, en la tendencia docente. Desechado ese *«concepto filosófico»*, ¿qué significa lo demás?

Ha escrito el ilustre autor de *Pepe Jimenez* que casi todo el naturalismo de doña Emilia le parecía tan razonable y tan sensato, que tenía que aceptarla sin vacilar. Y verdaderamente, apartada en los fundamentos de la preceptiva de *Le Roman expérimental* y ansiosa de fundar un *naturalismo católico* basado en nuestras tradiciones literarias, la notable novelista de *Los Pazos de Ulloa* no me parece lejos de lo acertado y de lo exacto, olvidando en esta ocasión algunos capítulos de sus novelas que contradicen estos asertos que vengo estudiando en teoría y

no había encontrado consignados con la franqueza de ahora en *La cuestión palpitante*, *La Tribuna* y *El Cisne de Vilamorta*. Porque, no me cansaré de repetirlo; rechazado el mencionado *«concepto filosófico»*, ¿qué queda nuevo y peligroso, del realismo naturalista?

Bien examinado este asunto, que tanto y tanto se ha discutido y se discute, no resta nada en mi entender. La ilustre historiadora de *San Francisco de Asis* se encuentra ya separada por un pelo de Fernán Caballero y Pereda. El naturalismo católico á que aspira, como indirectamente he demostrado, nunca sería naturalismo: «la base, el fundamento» de este sistema se opone á nuestras doctrinas religiosas, según ella misma reconoce. Para amalgamar elementos tan antitéticos hay que rechazar del modo que rechaza la famosa escritora, el fatalismo y sucia exposición naturalistas; aprovechar solo lo acertado de todos los tiempos y todas las escuelas. No es creencia caleológica nueva que *nada hay más bello que la verdad*. La doctrina que he creído advertir en la repetida autobiografía, en las declaraciones que se deben á usted, es en principios generales el naturalismo de nuestros clásicos. Y ¡bendito naturalismo el de Cervantes y nuestros grandes escritores! Su más respetuoso servidor y agradecido discípulo.

PEDRO SÁNCHEZ.

25 de diciembre de 1886.

DON CASIMIRO

Don Casimiro padecía una sordera y una suegra iracunda, que le traían á mal traer. Para que el buen señor oyera era necesario, ó acercarle los labios al oído, ó pronunciar en voz muy alta; pero en aquella casa nadie se tomaba esta molestia, y sólo cuando su suegra ó su esposa estaban irritadas y tenían cosas gordas que decirle, alzaban el gallo. Entonces oía él muy claramente que le llamaban ¡animal, calzonzos! y cosas por el estilo.—¿No oyes, no oyes?—le decía su mamá política.—¿Que eres un bestia.—¡Ah! sí; estaba distraído—decía D. Casimiro.

El pobre hombre, como no escuchaba más que estas cosas, llegó á creer que en ningún sitio se hablaba de otra cosa y que todos habían nacido para oír á las suegras tratarles de zopencos, un par de veces al día por lo menos. En una ocasión, estando de visita en casa de un magistrado, notó que doña Mariana (la suegra) accionaba mucho: ni más ni menos que cuando á él le llamaba estúpido. Entonces D. Casimiro, queriendo tomar parte oportunamente en la conversación, dijo dirigiéndose al señor de la casa:

—¡Oh! usted tan bruto como siempre. No pasa día por usted.

—¡El animal es usted, D. Casimiro!—dijo el magistrado poniendo los ojos en blanco —y estoy dispuesto á repetirlo aquí y en todas partes!...

—No, no lo repita usted; muchas gracias, lo he oído bien la primera vez—decía D. Casimiro.—¿Con que soy yo el animal, eh? ¡ja ja ja!... Es usted d la opinión de mi suegra que está presente, y dice que no hay otro como yo... Pero hombre, miren qué moda más graciosa! ¡Y qué tratamientos usamos ahora!...

Y don Casimiro iba á lanzar una carcajada, cuando sintió un pelizco horrible en un muslo que le hizo llevar instantáneamente la mano al sitio dolorido, como si quisiera atrapar una mosca.

Otra vez, D. Casimiro estaba parado en medio de una calle leyendo en un periódico un anuncio que decía en letras muy gordas: ¡NO MÁS SORDOS! TROMPETILLAS INGLESA, DEL DOCTOR...

No pudo concluir. Sintió un fuerte latigazo en la espalda que le obligó á volver la cabeza y vió detrás de sí un coche con dos caballos, y un cochero, que cansado de dar voces, había resuelto avisarle con la fusta.

—Está visto, está visto, que todos somos unos en estos tiempos,—decía el sordo mirando el hermoso tronco y apartándose.

Y al día siguiente leyó D. Mariana, después de tomar el chocolate con tostadas (y reprensión á la criada) una gaceta de un diario de la capital, en que se decía que había estado á pique de ser atropellado por un carruaje el distinguido sordo, como una tapia, don Casimiro Macarrones...

Doña Mariana tomó la actitud de una arpa, y no bien desocupó la boca del chocolate, ocupóla en poner como un estropajo á don Casimiro.

Macarrones estaba sentado en una butaca, y para matar el tiempo se dedicaba á estudiar concienzadamente los sabañones que poseía, cuando su suegra se llegó á él metiéndole el periódico por los ojos.

—¿Conque en peligro inminente?... ¿Conque atropellado?... ¡liimbeeccc!

—Eso dicen...

—¿Pero cómo te arreglaste, atún? Tú concluirás por matar á la familia.

—¡NO MÁS SORDOS! ¡NO MÁS SORDOS!—repetía por lo bajo don Casimiro.

—Esto es insufrible, insoportable... Vamos, ya estoy nerviosa... Esto se llama padecer.

—¿Te parece que me dé una frotación de ajos?

—¡Echate á remojo si te parece, alcornoque!

—Este me salió la semana pasada—decía

Casimiro pasando revista á los sabañones.— Este otro el día de tú santo... ¡Caracoles! Y este que me puso la oreja del tamaño de una bandeja... ¡Este se llama sabañón, Mariana!... Llama á las niñas que vengan á verlo...

Aquello era inaguantable, y doña Mariana se pasaba el día sorbiendo tazas de tila, con gotas de antiexpasmódico. Sí; á D. Casimiro había de sacar á relucir una grosería nueva, jamás conocida hasta entonces. ¡Vamos, que estas cosas harían enflaquecer á doña Mariana, si no estuviera ya lo mismo que un alfilerito!

En los sitios más silenciosos donde todo el mundo presta atención al vuelo de una mosca, oíase—seguramente—un bostezo que duraba un credo y que excitaba la risa á todo el mundo. ¿Quién era? Pues D. Casimiro. En fin, cualquier ruido intempestivo que se dejara oír en un instante solemne era él, no podía ser otro.

Cuando su suegra y su esposa, una para cada oído, le hablaban de estas cosas, contestaba D. Casimiro con la mayor serenidad.

—Esto sale de adentro... Mire Vd. ¿Qué culpa tengo yo de que los demás no sean sordos como yo! ¡Luégo, es uno tan animal!

Una noche salió D. Casimiro de su casa y no paró hasta dar con su cuerpo en el teatro. ¡Ajajá! Allí, sentado en su butaca al lado de una señora que parecía querer comerse á besos á todos los espectadores, dispúsose el buen señor á no oír una palabra á nadie. Al cabo de pocos momentos sintióse aburrido, como si tuviera delante á su familia elevada á la segunda potencia, y sacó un periódico que comenzó á leer en voz alta, según su costumbre, sin darse cuenta de ello.

El público, que antes prestaba gran atención al drama, comenzó á fijarse en D. Casimiro. Este por casualidad miró á un palco y vió una friolera: tres ó cuatro palmitos, á cual más hermoso, mirándole con gran atención. Lo que entonces pasó por el cerebro de Macarrones no es para dicho; acordóse de su figura, é hizo la reflexión de que la sordera no se ve. ¡Caracoles! ¡fue a estos pensamientos! y volvió á leer en alta voz.

Sintió que le tocaban en la espalda; volvióse; era un acomodador que murmuraba palabras que no oyó D. Casimiro.

—Ya le he dicho que tengo mi número. ¡Diablo, que sordera que tiene usted!

—Haga Vd. el favor de dejarme en paz hombre... Estoy en mi butaca.

Pero el acomodador insistió en hablarle; don Casimiro entonces miró á su alrededor, y vió más de cien bocas enseñando los dientes de risa.

Y don Casimiro arrellenose en su butaca nuevamente, y púsose ha hacer el amor á las niñas del palco.

El público aplaudía entusiasmado á los artistas.

¡Que se repita! que se repita!—gritaban los espectadores.

¿Dicen ustedes que se repita?—preguntó á uno don Casimiro.

Le contestaron que sí con la cabeza.

—Pues señor, cuando mandan repetir, es que no han oído antes bien... Aquí todos estamos sordos, por lo visto—discurrió Macarrones. Y estamos perfectamente; yo hasta me adelanto á los pensamientos del prójimo... A mi suegra la entiendo mejor que si oyera: en cuanto mueve los labios, ya se que es para llamarme animal. ¡Que se repita, que se repita!

ERNESTO AMAD.

D. JOSE MARIA DE PEREDA

Y LA NOVELA PICADESCA CONTEMPORÁNEA. (I)

I.

Puso un día en mis manos la fortuna—que por tal la tengo—á *Sotileza*, cuyo autor me era conocido como se conocen muchas cosas en estos tiempos de múltiple lectura, por lo que otros dicen, y desde entonces no he dejado de comunicarme con el sano, verídico, pintoresco, y bajo estos y otros muchos conceptos, peregrino ingenio que me reveló la gallarda *calletera*.

Yo que en estos tiempos de uniformismo y nivelación democráticos he dado en la manía de que sólo es interesante el *sabor de la turrucha* de las turrucas que aún afortunadamente retienen sabor; que busco al individuo y me aparto de la muchedumbre; que hallo á la mueca civilizada de Madrid igual, ó muy parecida, á la mueca civilizada de París; que veo en nuestras decadidas clases medias y en nuestras decadidas aristocracias la expresión más completa de la vulgaridad—que vulgar es todo lo que se parece á todo, lo que es copia y remedio, lo que carece de relieve original y de rasgos propios,—no pude menos de contemplar embelesado esa pintura de la vida, de la sociedad y de la naturaleza montañesas, debida á Pereda, surgiendo en medio de nuestra literatura de segunda mano, con la energía de un rasgo de franqueza que rom-

(1) Razones de *montañesismo* y paisajaje nos inducen á trasladar á estas columnas, contra nuestra voluntad y criterio, este artículo, acertado y bien concebido en muchos de sus afirmaciones. Aunque deficiente é incompleto, aparece en él un estudio que no deja de merecer atención acerca de nuestro gran novelista, y viene á ser vivo destello de la grandísima representación que sus obras tienen en la literatura patria.—(N. de la R.)

pe el hilo de una discusión hipócrita y artificiosa.

Aquella Casia y aquel Macabeo, aquel Nisco y aquella Catalina, y *Cafetera*, y la Rámila, y D. Valentín, y Tonsa, y Mechelin, y la tía Sidra, y Muergo, y las hembras de Mocerjón, y otros innumerables tipos que omito, porque no es de este momento delinear la obra íntegra de Pereda, son personas de carne y hueso: observadas en la realidad al modo shakespeariano, que combina los caracteres del género y de la especie, seres humanos de todos los tiempos, y á la vez, por maravilla del talento, característicos de su tiempo, de su clase social y de su tierra.

Creados los personajes, las situaciones que intervienen les dan ocasión para manifestar totalmente su individualidad, y obran, accionan y hablan como les corresponde, con sujeción estricta á esa lógica interna que es uno de los más difíciles y eficaces recursos del arte.

Sobre todo, sus conversaciones cuajadas de giros, modismos y voces locales, son perfectas copias del habla del pueblo, pero sin rastrear en la mera producción mecánica. Pues aunque aquellas penetren dentro de las fronteras de lo vulgar, siempre las vienen á dar tono las sales del ingenio, y la viveza, energía y colorido en la manifestación de los afectos internos; así es que, hablando esos personajes como el pueblo, hablan mejor que el pueblo, en el sentido de que nos revelan con más intensidad exactitud que él lo que piensan y sienten, gracias á esos toques de ideal con que los escritores del vuelo de Pereda realzan el más puro naturalismo.

Junto al creador de caracteres hay en el novelista montañés un admirable pintor de costumbres. ¡Qué escenas tan diversas, como bien observadas y magistralmente descritas! El burdo, pero fructuoso parlamentarismo de los cabildos de marcanes, las desvergonzadas peleas de las sardineras, las veladas joviales de la *deshoja*, el barullo y concurso de las terias y romerías, los soeces é innobles incidentes de la *bueno gloria*, los brineos y danzas junto á la hoguera de San Juan, las inacabables libaciones de la *robba*, la assoladora suelta de los ganados en las *devrolas*, son, amén de otros que pudiera añadir, cuadros que, por sus pormenores y detalles realistas, calor y entonación de estilo, causan tal impresión á los que los leen, que llegan á persuadirse de que fueron en ellos actores ó espectadores.

A esos hombres y á esas costumbres les sirven de compañía, y aun de comentario explicativo, espléndidos paisajes que estaban pidiendo amorosos pinceles y enamoradas plumas. ¡Dón que vale un tesoro! el genio de Pereda ha recibido el beso de la naturaleza catábrica, y con él, inmortal inspiración! Ya puede agradecerlo, que el sentimiento de la naturaleza no lo poseen los escritores de su raza, y sólo por poseerlo habría de obtenerse imborrable fama Pereda.

En Castilla disfrutaban las gentes de un temperamento esencialmente *urbano*. Los hacendados, apenas reúnen un modesto caudal, huyen de las aldeas para morar en las poblaciones crecidas ó en las capitales de provincia; y si sus cortezas son demasiado rústicas, por proceder ellos directamente del terruño, á lo menos envían á sus hijos á estudiar carreras que los apartan para siempre de la agricultura. El goce de los castellanos, y por ende, el de los demás españoles que soportan su hegemonía total, estriba en la vida de sociedad. No aspiran, como los ingleses y otros muchos pueblos de Europa, á hacer ahorros para invertirlos en la compra ó edificación de un blanco *cottage* en el campo, rodeado de flores, árboles y praderas. Denle al castellano *hoteles* en populosas ciudades, butaca ó palco en los teatros, asiento en los toros, paseos con música, tertulias y cafés para amorous, discretos y charla, lugares para ver y ser visto, esparcimiento y desahogos de *ciudadano*, y no le hablen de placeres rústicos, de goces campestres y de hogar sin extraños. Su idioma mismo lo está revelando; hay un arsenal de términos despreciativos para los que trabajan la tierra ó habitan aldeas; «palatos», «tíos», «dstripaterrones», «palurdo», «baturreo», etc., etc., son sinónimos de labrador y de aldeano.

Una raza de estas tendencias no puede experimentar amor á la naturaleza, ni sentir realmente sus hermosuras. Bien lo demuestran sus poetas y escritores. Por otra parte, ¿de dónde habian de recibir éstos, amor y sentimientos tales? Las peladas estepas, esas amarillentas llanuras, esas escueltas y tétricas sierras, esos campos sin árboles, sin verdor, sin agua, sin pájaros; esos inustios aldeanos, derrotados y sucios como mendigos,

sedentarios beduinos de una Arabia infeliz que salen á la labor, no de blancos y risueños caseríos, sino de inmundas covachas y de terrizas casacas; ese sol impalpable que no quiebra sus rayos en las cimbreantes techumbres de los bosques, ni los descomponen en las multi-formes nubes, ni en las melancólicas nieblas, ni en los correntosos ríos; esa luz candente dispersa con igual intensidad por todo el espacio, luz sañuda y despiadada que no deja oculta ninguna fealdad de los hombres, de las cosas y del paisaje; esa inmensidad desolada á la cual debemos la visión de un infinito de tristeza, de monotonía, de desamparo y de tedio: ¿qué han de inspirar, más que repulsión ó silencio?

La naturaleza, para la casi totalidad de los escritores castellanos, es un elemento retórico, ó un *escenario*; le deben muchas brillantes imágenes, muchas pasmosas comparaciones, gracias y donaires de pintura; pero siempre es cosa sobrepuesta y recurso de arte. «En la época más florida de la comedia española, se encuentra frecuentemente en Calderón y sus contemporáneos, deslumbradoras descripciones del mar, de las montañas, de los jardines, de las cañadas cubiertas de bosque; pero casi siempre dichos cuadros están sembrados de rasgos alegóricos y cargados de colores artificiales, que nos impiden respirar el aire libre, ver las montañas y gozar la frescura de los valles» (1). Las inspiraciones de este género, sin exceptuar las de los más grandes, suelen degenerar en reminiscencias clásicas: églogas, idilios, bucólicas y descripciones de segunda mano, mixturas empalagosas de lo rústico y de lo académico, zagales de porcelana y corderitos de cera.

¡Cuán otra para Pereda! ¡Cómo la siente, comprende y ama en sus sublimidades y rudezas! ¡cómo de ella se impregna y embebe, sin endiosarla cual los panteístas en sus arrobamientos místicos de mala ley! La encuentra al paso de sus narraciones, y ante ella detiene, no para buscar un efecto de elocuencia ni exhibir un accesorio pintoresco, sino porque es un sin rival personaje ella también.

El paisaje de la montaña, es la antítesis del paisaje de la tierra llana. En lugar de una luz chillona, cruda,—si vale el galicismo,—una luz matizada, una luz cernida por las nubes, por las nieblas, por el follaje, un claro-oscuro misterioso, un contraste perpetuo. Además, un derroche de colores. Allí se doran los calvos picachos, aquí negrea el valle, más lejos los húmedos prados ostentan su brillante verde al descorrer de las plateadas neblinas y se alzan las pesadas brumas enrojeciéndose á los besos del sol, y el arco iris extiende su prisma sobre las pétreas gargantas de las *Hoces*. La llanura es un desierto: la Montaña se engalana con los caseríos que blanquean sus laderas como las bandadas de torcaeces en la otoñada. La llanura es un mudo: la Montaña es toda voz y música; charlan los arroyos, murmuran los bosques, gorjean los pájaros, se quejan las fuentes, silban los desfiladeros, repiten los ecos, chirrían las carreteras, tintinean los rebaños, relinchan los gañanes, cantan las mocetonas labradoras en la mies, y brama el mar forcejeando contra las inmóviles costas, cuando no respira manso al fulgor de la luna.

Dije antes que estos paisajes y fenómenos naturales estaban pidiendo plumas y pinceles. Ya los han encontrado, amorosos y enamorados. J. Pereda es grande con la grandeza de su Montaña.

II.

Todo esto lo han dicho antes que yo, y mejor que yo, otros críticos. Y si lo repito de prisa, á manera de excursión por un terreno que no formaba parte principal de mi asunto, se debe á que de ninguna suerte podía pasar de largo delante de Pereda, sin saludarle y aplaudirle, ni limitarme á tomarlo por punto de partida de las reflexiones que luego he de hacer. Mi admiración es de naturaleza expansiva; quédomo sin la mitad de los goces que me proporciona, si he de archivarla dentro de mí. No den, pues, los lectores á cuanto llevo escrito otro alcance que el de una inocente explosión de egoísmo.

Pereda ha señalado la existencia de un rico filón literario. Esto no quiere decir que desee yo verlo montando artefactos para explotar ese filón en todas sus direcciones. A su gloria bástale con la que le sobra como narrador y novelista montañés, sumada á la que nadie ha de disputarle seriamente entre nosotros, de *denunciador* de la mina. ¡Pensar que tantos y tantos han ido buscando novedad con problemas filosóficos, religiosos y sociales, con resurrecciones históricas del género progresista y con audacias pornográficas, cuando á la vera del camino se hallaba inexplorada la gran provincia de la truhenería moderna!

De la antigua, bien exprimida por manos de gigantes, no hay que hablar, como no sea para recuerdo de los hábitos de sus héroes, diversos, pero no diferentes, de los actuales. Guzmán de Alfarache, Lázaro de Tormes,

(1) Carta de Luis Tieck á Alejandro de Humboldt, citada en el *«Comos»*, pág. 69, ed. francesa.

Risconete y Cortadillo, Marcos de Obregón, el Buscón D. Pablos y los de la misma laya de la literatura picaresca, encaminaban la agudeza, la penetración y la flexibilidad de su ingenio maleante, eficazmente auxiliadas por su desenfado y carencia de escrúpulos, á remediar la propia miseria y personal la-ceria, en la hacienda y bolsa de los particu-lares. Los pícaros de antaño explotaban al individuo; los de ogaño, herederos de los mismos instintos y mañas, explotan al Esta-do. Aquellos nunca pasaron de lazarrillos, pi-lletes de playa, rateros de corte, criados, es-cuderos, corchetes, y á lo sumo, escribanos; los de ahora... hasta han solido ser Minis-tros. ¿A dónde no llega la espuma sacudida por el mar?

Dos obras de Pereda pusieron, principal-mente, de manifiesto, la materia que la polí-tica puede proporcionar á la literatura: *don Gonzalo González de la Gonzalera* y *Pedro Sánchez*.

La primera de estas novelas marca un nuevo derrotero sin salir de las aguas fre-cuentadas por el autor. Que en esa direc-ción se den más avances, no nos ha de doler; tendremos al Pereda de siempre, afianzando sus conquistas en lo nuevo, y será un encanto contemplarlo haciendo, en los Patricios Rígüeltas y demás corruptores de otros bote-rucos, tremendas justicias frente á las excel-sas montañas coronadas de virginales nie-ves. La segunda realiza una transformación más radical; el lugar de la acción, la mayor parte de los personajes, los móviles de sus actos, no son los que habitualmente retrata Pereda. *Pedro Sánchez* es un buen libro, mor-al y literariamente hablando; pero si queda sin descendencia, no habremos de llorar. Este libro es la definitiva denuncia de la mina de que hablé antes; pero, ¿por qué ha de cri-ticarse tan amable poeta por neféticas y su-cias galerías? Baje al fresco valle, y mire el caruín de la aurora y escuche la queja del ruiseñor!

*Pedro Sánchez* es uno de tantos españoles á quienes la política sacó de su centro natu-ral, en el que, por lo menos, hubieran sido inofensivos y aun útiles ciudadanos; sin estar totalmente depravados, conservando en re-lativo vigor varias de las nativas cualidades, son artífices del mal, apenas se apodera de ellos el engranaje de las circunstancias inhe-rentes á la política, tal y como se practica en nuestra desdichadísima patria. Las eta-pas que *Pedro Sánchez* recorre son las de rú-brica, realizadas por alguna hombrada, hija exclusivamente de la añeja y gloriosa sangre cántabra de sus venas. De lugareño ambicio-so á pretendiente en corte, de hambriento á periodista, de periodista á libelista, á hombre célebre, á jefe valiente de barricadas, y ya de patriota notorio levantado por la ola ce-nagosa de la revolución, á gobernador civil

de una provincia de primera clase. Aquí la buena voluntad impotente... el descrédito... la revelación súbita y brutal de las viles in-famias de su familia y empleados... el her-moso grito de la conciencia gritando con la honradez de sus montañas, «estoy resuelto á todo; á todo, menos á ser pantalla de ladro-nes.» Luego, la dimisión, las desgracias do-mésticas, los desengaños, el hastío, algo de remordimiento, la vejez, y el final de Cándi-do, en la tierra nativa, «cultivando el jar-dín» (1).

La narración de *Pedro Sánchez* es tan ve-rosímil, compendia tantos hechos reales que cada uno de nosotros directamente conoce que parece una biografía. El fondo es verdadero, y los detalles ¡oh los detalles! en muchos casos históricos. La audaz Bohemia que nos ex-plota y desgobierna sale desnuda á la ver-güenza pública, sin un mal taparrabos si-quiera. Un secretario de gobierno confabula-do con el jefe de policía que cobran de lo mucho malo que hay en una gran ciudad y reparten el producto de las infames exaccio-nes con la esposa y la madre política del go-bernador, ejemplares acabados de la mujer *insaciable* en punto á lujo y despilfarro, pa-recen creaciones de un espíritu atrabiliario, fantasías de novelista en busca de efectos... No, no; los nombres propios se agolpan á la pluma, se asoman á los labios. Y gracias á que la inamoralidad no subía un escalón más, que provincias ha habido, y hay, donde el gobernador es el principal baratero. ¿Y la diputación que vota un crédito supletorio para muebles, ropas y alhajas del palacio del gobierno civil, y reemplazar el coche viejo por otro nuevo? ¡Historia, historia también! En Navarra hubo gobernador—y me consta positivamente—de tal desenfado y franqueza, que hasta las facturas de los trapos de cocina y las planchas para la ropa blanca y de una cafetera de diez reales presentó á la Corporación foral.

Junto á *Pedro Sánchez* se agitan otros per-sonajes tan verdaderos como él. El *Excelen-tísimo Sr. D. Augusto de Valenzuela*, taima-do, falso, egoísta, profundamente corrompi-do, político de la clase de vampiros; *Manola*, sietemesino madrileño sin músculos, sin ce-rebro, sin corazón, saco de ruines vicios y de mugeriles pasiones, de los que según Dumas, huelen «á pachulí y á cuadra»; *Clara* y *Piliña* mujeres paganizadas, esencialmente *modernas* en el sentido malo de la palabra, desertoras del templo y del hogar, bien halladas en la calle, siervas irredimibles de la seda, de los encajes y del terciopelo; *Matica*, ingenio cla-ro, abierto, analítico, perspicaz, miserable-mente atrofiado por el escepticismo y cir-

(1) Dantón, prototipo de los revolucionarios por *temperamento*, decía, algún tiempo antes de ir á escurrirse en el se-co; «más vale ser un pobre pescador, que gobernante de hom-bras».

tas tendencias á lo vulgar, grosero y carnal existentes en su naturaleza, que no excluían á otras más puras y nobles; y sobre todos el bueno, el excelente *D. Srafin Balduque*, es-pejo del español empleado sin méritos y ce-sante sin motivos, pretendiente sempiterno, incansable aguardador de los «suyos», en mal hora robado al taller, al arado ó al mostra-dor por el espejismo de los destinos, honrado padre de familia á quien un día se le sube el hambre á la cabeza y lo lleva á morir en una barricada aclamando «la libertad y la justi-cia», es decir, otra credencial, menos famoso por su desesperada muerte que por haber formulado el programa de muchos aburridos provincianos: «Aquellos es Madrid... ¡Ah! ¡si yo tuviera poder para tanto... Un recadito secreto á las gentes honradas para que escur-rieran el bulto; luégo una lluvia espesa de pólvora fina; en seguida otra lluvia de res-coldo... y como en la gloria todos los espa-ñoles».

El que haya leído *Pedro Sánchez* y cono-za la desmedida importancia que la política alcanza en la época moderna, pienso que no calificará de exajerada la denominación de mina que he adjudicado á la riqueza de ti-pos y situaciones que había de proporcionar á la novela. Los tipos, singularmente, serían infinitos. La política se ejerce en todas las clases y afecta á todas las condiciones. A po-co que los novelistas se pusieran dentro de las corrientes de lo que ahora se llama natu-ralismo y cuidasen de estudiar al *documento humano* que representa el papel de actor en las contiendas y maniobras de los partidos, forzosamente resultaría una literatura pica-resca con vuelos y alcances trascendentales que la antigua no pudo alcanzar, ya que ni en consecuencias ni en significación es lo mismo explotar y engañar á un hombre que á un pueblo entero.

¿Vale la pena de que, en obsequio á mi te-sis, me detenga á probar que la moderna pol-ítica española es una cosa despreciable y abominable, manchada de cieno y sangre? ¿He de traer á cuento la escasez de patrio-tismo efectivo de los partidos que siempre tienen esa palabra en la boca, recordando traiciones como las de Cabezas de San Juan y San Carlos de la Rápita? ¿He de confron-tar las palabras con los hechos, los progr-mas con los actos, las promesas con los re-sultados? ¿He de levantar el inventario de los honores y de las riquezas que les valie-ron á nuestros sucesivos salvadores y regene-radores la ejecución de actos teóricamente desinteresados? ¿He de demostrar la lucha por la existencia reducida á la pelea por los destinos? ¿He de repetir la historia de las desleales y tornadizas bayonetas? ¿He de se-ñalar la gárrula palabrería del Parlamento, la inamoralidad é ineptia de la Administra-ción y hasta la complicidad de la justicia? Tanto valdría demostrar que hay sol.

Muchas veces he pensado que está por escribirse un libro que, según fuere la cali-dad del escritor, podría ser, desde un libro entretenido hasta un libro sublime; un libro que admitiría la noble ironía de Cervantes, la burla regocijada y sin remilgos de Queve-do, el corrosivo sarcasmo de Swijt ó la ace-rada *guasa* de Voltaire; de ese libro sería hé-roe un hombre de generosos sentimientos, escaso de espíritu crítico y monomaniaco del bien público. Gerónimo Paturot de una nue-va especie, iría buscando el mejor de los go-biernos posibles. Sus ideas se desarrollarían al compás de las del siglo, prestando fé ciega á los programas de los partidos encargados de ponerlas en práctica. Comenzaría su Odi-sea en tiempo de la santa Alianza; creería en el absolutismo y en la monarquía constitu-cional y en la monarquía democrática y en la república federal. Completo entonces el ciclo lógico de las evoluciones políticas, disi-pado el último de los espejismos, conocería que todas esas aparatosas mudanzas eran meras apariencias, que el mal profundo y or-gánico permanecía intacto; y viejo y aleccio-nado, para ahorrarse á sus nietos idénticos desengaños, pronunciaría sentencia inapel-able contra nuestros partidos *nacionalistas*. Me parece que la está oyendo; con más cultas formas, indignada ó triste, severa ó crónica, diría, en el fondo, lo de Julia, la cocinera de *Pot-Bouille* juzgando á las casas de los *bur-gués* de París: «Toutes les baraquas se res-sentent. Au jour d'aujourd'hui, qui a fait l'une a fait l'autre. C'est cochon et com-pagnie.»

ARTURO CAMPION.

Pamplona, noviembre de 1886.

(De la revista *La España Regional*.)

MADRID.

25 de diciembre.

Es hoy, como la fecha dice, primer día de Pascua de Navidad. Madrid entero está aún entregado á los hor-ores de la digestión. ¿De qué hablar, pues, en esta crónica, que ha de reflejar la vida de la corte, que sea ameno é interesante? Púedose discurrir acerca de las comilonas de la Noche Buena, cuando los manjares se están preparando en las cocinas y el estó-mago y el ánimo de acuerdo, disfrutan an-ticipadamente de los placeres prometidos; pero nada más repugnante ni más antiesté-tico que hablar de comida con el estómago satisfecho. Dejemos sin vacilar este asunto que quie-re imponérsenos. ¿Y de qué escribir entonces?

Los teatros, á los cuales asiste en estos días un público *sui-generis*, compuesto en su mayoría de colegiales y maritornos, llenan los carteles de anuncios con los títulos de las obras más llamativas del repertorio; pero nada de novedades: cuando más, cuando más algún propósito de Pasenas que inori-rá con el año, y del que ni siquiera se debe hacer mención.

Pasen también los teatros al capítulo de asuntos de que ahora no se puede ni se debe hablar.

Tampoco hay ahora murmuraciones lite-rarias entre la gente del oficio. Estamos en un periodo de tregua: hasta las malas len-guas, como se dice, descansan.

Cierto que no hay estrenos, ni se publican libros, ni apenas periódicos; se diría que, según el filósofo deseaba que se hiciera con los poetas, se ha desterrado á todos los es-critores de la República.

Afortunadamente el público español no sentirá esta carencia de novedades literarias, porque aquí el público que lee es el mismo que escribe: no se trata más que de un cam-bio de productos entre personas de la misma profesión.

Añádase á esto el estronador bullicio que nos rodea por todas partes, y dígame si en situación parecida puede haber cronista po-sible.

Creo de buena fe y no por que me conven-ga, que los lectores de EL ATLANTICO se ex-plicarán fácilmente que hoy no se pueda es-cribir la crónica acostumbrada.

Los malos oradores suelen decir, cuando después de comer bien llega la hora de pro-nunciar los brindis: No es hoy día de hablar, sino de sentir.

Parodiémoslos exclamando ahora: Hoy no es día de escribir, sino de descansar.

¡Descansemos!

Pero no sin cumplir con un deber que la cortesía y la buena voluntad de coasumo im-ponen.

Señoras y caballeros; ¡felices pasenas! Advertiendo que lo digo sin alargar la mano.

\*\*\*

Un cuento traducido, de aguinaldo. «El conde de X, una de las notabilidades del *faubourg Saint Germain*, ha sorprendido últimamente á su esposa en compañía de un oficial de coraceros. Con este motivo se armó un gran escándalo, y la esposa fué arrojada del hogar conyugal.

Amigos comunes hacen grandes esfuerzos para que el matrimonio se reconcilie.

Uno de ellos decía el otro día al marido:

—Vamos, no seas inflexible: piensa tú, que eres un buen católico, que Jesucristo perdonó á la mujer adúltera.

—¡Ya lo creo, replicó el marido; pero no era la suya!

S. DE TRASMERA.

# GRAN AGENDA DE BUFETE Y ESCRITORIO PARA 1887.

## REGALO A LOS SUSCRITORES DE EL ATLANTICO.

Obra indispensable para el COMERCIO y utilísima para las corporaciones, autoridades, fun-cionarios, eclesiásticos y público en general. Contiene, además de numerosos datos y luminosas in-dicaciones, una *Agenda para apuntes diarios*,

UN SANTORAL DE LA DIOCESIS DE SANTANDER, un completo nomenclator

de todas las villas, pueblos, aldeas, lugares, barrios, caseríos, etc., de la provincia, colocados por or-den alfabético, con sus divisiones judicial, municipal, eclesiástica y gubernativa, servicios públicos y puestos de la Guardia civil. Censo de población, según la última estadística, por sexo, estado é instrucción de los individuos.

### UN ALMANAQUE DE ONCE SIGLOS.

Tarifas de los diferentes servicios del puerto de Santander y de las Empresas y Sociedades más importantes. Carta de mareas para el año 1887. Prontuario con interesantes notas mercantiles. ELEGANTE ENCUADERNACION.

## CONDICIONES:

El precio de la obra será de 4 pesetas. Gratis á todo suscriptor á EL ATLANTICO que pague un año adelantado. Para los que paguen seis meses 2 pesetas.

Precios de los anuncios. Una plana entera, de 27 centímetros por 21, pesetas 25. Media id., de 14 centímetros por 21, id. 15. Cuarto de plana, 10 id.